

La Lectura Popular



El maestro cerote

(Reproducido con ilustraciones)

Lector, voy á presentarte al maestro cerote.

Empiezo por presentártelo cuando era joven. Entonces era lo que se llama un buen mozo, bien plantado y con un pelo negro que daba envidia.

De lo curro no digo nada: ni las moscas se le paraban encima. Cuando él se echaba á la calle los lunes (digo los lunes, porque los domingos los dedican los zapateros á echarse al infierno); cuando él se echaba á la calle, con su pantalon ajustado, su gorra de cascotes y su corbata verde mar, prendida con la tumbaga que heredó de su abuela la tía Marinavo, era cosa de asomarse á los balcones para verlo pasar: tan ufano iba y tan orgulloso.



Era lo que él decía: —Mientras tenga yo mi facultad ¿quién me tose? Y tenía razón. Pero, amigo, los tiempos no pasan en vano. Y si á todo un Napoleón, cuando Dios quiso, no le faltaron toses, menos habían de faltarle á nuestro pobre héroe que, á pesar de todos sus humos, jamás rayó tan alto como el vencedor de Marengo.

En efecto, las toses del maestro Cerote fueron los años, que bien pronto empezaron á hacer de las suyas. El repetido roce

de la lezna echó abajo aquel pelo anillado que era la envidia de propios y extraños; después las fuerzas y los parroquianos vinieron á menos; y por último llegó el día en que el portal de un viejo canónigo vino á ser el refugio donde el desgraciado hijo de S. Crispin tuvo que sentar los reales de su industria, y contemplar con tristeza como los perros callejeros llevaban su mala educación hasta el indecoroso extremo de depositar en el capazo de sus herramientas cosas, que, como las de Echegaray... *no pueden decirse*. Pero, cuando hay alegría en el corazón y paz en el alma todo se lleva bien; así es que el tío Cerote, que era un hombre honrado sin afanes ni ambiciones, á pesar de todos estos pesares, pasaba su vida bastante alegremente, echando cada copla y cada remiendo que daba la hora.

Como no ocurriese que alguna fregatriz remilgada y fastidiosa se propusiese darle un disgusto empeñándose, por ejemplo, en probarle que le había estropeado los zapatos en vez de componerselos (lo cual



dicho sea en verdad, solía suceder muy á menudo) el maestro Cerote no se incomodaba nunca.

Al medio día, su mujer le traía la comida al portal; y por la noche su hija ó su yerno, que era un buen muchacho, oficial del oficio, le ayudaba á retirar la herramienta y *pax Cristhi*. En seguida, y mientras hacía la cena, que solía ser bastante ligera, tanto que, á veces se escapaba, el

tío Cerote cogía la guitarra, Quico, que así se llamaba su señor hijo político, cogía la pandereta, (única prenda que según aseguraban los vecinos había aportado al matrimonio) y ya estaba armado el jaleo.

La encargada de las coplas era María, María tenía buena voz, y al maestro Cerote se le caía la baba oyéndola cantar. Cantaba, hija mía, decía el viejo. Y María cantaba:



Al jardín de las riquezas
buscando la dicha fui.
Y me dijeron los ángeles:
de esa fruta no hay aquí.

—¡Olé, salero gritaba el marido entusiasmado al oír á su muger.

Y el entusiasmo del corazón pasaba á la pandera que se agitaba multiplicando hasta el infinito sus golpes de contrapunto.

—¡Callad, demonios!, saltaba desde la cocina la tía Manuela, que este era el nombre de la tía Cerota (no veis que D.^a Ursula la de la jaqueca nos va á echar á la calle?

D.^a Ursula era una señora que habitaba el principal, y que llevaba siempre en los pulsos dos parches de tacamaca, medicina santa para el dolor de cabeza.

—Déjela *osté* que se queje á Poncio Pilatos, contestaba Quico.

Y Maria volvía á cantar.

Que tontos son *chusqueles* que corren tras la ambicion; cuando *sin tantos papeles* nosotros, pobres *peleles*, llenamos el corazon.

Estos jolgorios se repetian con encantadora frecuencia.

Verdad es que la tal frecuencia no encantaba á D.^a Ursula la de los parches, ni á los otros vecinos graves y ocupadissimos para quienes era inconcebible que pudiese haber gentes pobres capaces de divertirse hasta tal extremo, siendo así que ellos, que, gracias á su afanosa vida, ocupaban una *bonita posicion*, maldito si tenian ganas de reirse aunque les rascasen los piés,

Seguramente no se habian fijado nunca en las coplas de Maria, ni en aquello que dice el evangelio de que *bástale al dia su propio afan*.

No es esto decir que casa del maestro Cerote no hubiese tambien sus cosillas.

Los pobres, por ser pobres, no son impecables; aunque, por el mero hecho de no ser ricos, tengan mas allanado el camino de los cielos, en el que cada millon es un repecho y cada talego un pedrusco.

Por ejemplo, á la tia Manuela se le quemaba la sangre de que el tio Cerote, que solia ser algo aficionado á echar discursos, los echase llenos de vanidad, sin acordarse de que la riqueza espiritual del pobre, asi como la pobreza espiritual del rico, no son sino meras gracias que Dios envia desde el cielo á los que, orando humildemente, se las piden.

—Señores, solia decir á veces el maestro Cerote, tosiendo á guisa de sabio que se prepara.

La tia Manuela se preparaba también.

—Señores, la verdad es que para vivir contento y tranquilo en este mundo solo hace falta un poco de pan y un mucho de buen ánimo.

—Y un *mucho más* de gracia de Dios, saltaba la tia Cerota.

—Eso se supone.

—No basta suponerlo; es menester pedirlo.

—Manuela, no seas exagerada. No me gustan los fanáticos.

—Ni á mi los bachilleres.

—Te has metido demasiado en la *mística*.

—Vaya V. á remendar zapatos, ¿qué entiendes tú de eso?

—Si, señor, que entiendo; entiendo que para ser hombre de bien y no tener ambicion, ni vanidad, ni soberbia, ni amor á lo ageno, como tienen ciertas gentes, no se necesita ser *místico*.

—¡Ah, gansol! ¿donde has oido esa pala-

bra? Porque tú eres aficionado á repetir las que oyes; especialmente cuando no las entiendes. Pues ¿sabes Facorro lo que digo? que los hombres de bien al *natural*, asi como tú te los imaginas, solo suelen serlo mientras la ocasion no se presenta ó mientras las pasiones no les pinchan. El que desdeña la piedad y la oracion que hace llover las gracias del cielo, está muy expuesto á que la honradez *se le seque* á las primeras de cambio; porque aunque Dios haga llover sus grácias, que son la fuerza del alma, sobre justos y pecadores, para los vanos y los ingratos tarde que temprano se cierra el grifo.

—Vaya, fuera disputas y venga la guitarra, saltaba Maria.

Y volvía á oirse la voz de la zapaterilla:

Son los hombres relojes estropeados

compuestos por la gracia de Cristo santo.

Quien la desdeña verá como en su pecho para la péndola.

La de las arrogantes virtudes del tio Cerote necesitó poco para pararse, como van á ver nuestros lectores.

Es un caso gracioso, que demuestra cuán verdad es lo que cantaba Mariquita: esto es, que el reloj de nuestro corazon no anda mucho tiempo en regla sin esa fuerza que viene á cada instante desde el cielo á darle cuerda, y que á cada instante debemos solicitar por medio de la vigilancia y la oracion; (1) que era á lo que el asní-simo tio Cerote llamaba la *mística*.

Era una noche de verano y la familia del remendon habia dado de mano á sus tareas, disponiendose á cenar un gazpacho andaluz de dificultosa sustancia; pero sazonado con esa alegría que suele ser el privilegio exclusivo de los pobres que viven bien avenidos con su pobreza.

Eran las nueve próximamente: el tio Cerote habia salido á cobrar unas composturas, y su muger, su hija y su yerno le esperaban con la mesa puesta.

De pronto levantaron la cabeza y se lo vieron entrar con el rostro alterado de un modo extraño: no se sabia si el remendon iba á llorar ó á reirse; verdad que esto no podia averiguarse nunca porque era muy feo.

—¿Qué te pasa?—exclamó la tia Cerota.

—Silencio, dijo el remendon con aire misterioso; y se introdujo en el cuarto.

Toda la familia se precipitó tras él.

(1) «Velad y orad para que no entreis en tentacion; porque el espíritu está pronto mas la carne enferma.» Palabras de N. S. Jesucristo en el Santo Evangelio.

—¡Manuela! Manuela mia!—dijo volviéndose de repente hácia su muger: somos ricos, muy ricos, riquisimos; somos millonarios.

La tia Manuela abrió la boca.

El yerno abrió los ojos.

Mariquita se quedó estupefacta,

—Mirad—continuó el tio Cerote sacando un paquete de papeles y arrojándolos encima de la mesa.



—¿Qué es eso?

—Billetes de banco de á cuatromil reales. Suman dos millones. Son nuestros. Acabo de encontrármelos.

Aquellas cuatro palabras fueron cuatro tiros. La tia Cerota cayó insultada; Mariquita se puso muy pálida; Quico tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Qué es esto, señores? exclamó el remendon con entereza, como el capitán que anima á su gente en el peligro. ¿Vamos á morirnos todos por habernos hecho ricos? Tendria gracia. ¡Manuela, Manuela! gritó tratando de despertar á su muger.

La tia Cerota permaneció insultada. —¿Si será un ataque de apoplegia? pensó Mariquita lanzándose á la calle en busca de un médico, sin acordarse ya de los millones.

El remendon no se afligió tanto. Dos amores se excluyen; el del dinero habia excluido algo al de su muger.

—Eso no será nada, dijo al yerno.

El yerno convino en lo mismo.

Entonces, mientras volvía Mariquita, el maestro zapatero contó al marido de su hija los detalles del hallazgo.

El yerno, aunque mal, sabia leer y repasó los billetes. Ya no cabia duda; eran ricos, muy ricos, riquisimos. Habian cambiado de posicion radicalmente, bien pronto cambiarian también aquel misero cuartucho por un magnifico palacio; bien

pronto tendrían coches, lacayos, títulos, honores....

El fantasma de la vanidad había empezado á extender sus alas de humo sobre el cerebro de aquellos dos zapateros.

Quico, en un momento de entusiasmo se creyó ya vestido de frac y trasportado á los salones de su suegro.

En aquel instante la tía Manuela dió un resoplido.

—Ya parece que la *mamá* vuelve en sí, exclamó Quico con afectación.

El tío Cerote se puso colorado; pero consideró que por alguna parte había que empezar á ser fino.

—Tu *mamá*, hijo mío, exclamó en el mismo lenguaje distinguido, está, á mi juicio más grave de lo que parece.

Quico se preguntó entonces lo que cumple hacer á las personas de posición cuando se les pone grave la suegra; pero en aquel momento surgió en su imaginación otro fantasma mucho más negro. El fantasma de la herencia que, como es natural, va siempre vestido de luto.

Si mi suegra se muere, pensó, heredo la mitad del hallazgo; es decir un millón.

El tío Cerote notó que su yerno se rascaba la cabeza.

—Sería una desgracia, dijo Quico después de dos ó tres rascaduras; porque con la muerte de la *mamá* habría que hacer particiones.

—¿Qué es eso de particiones? saltó el tío Cerote adivinando los pensamientos de su yerno. Aquí no hay nada que partir.

—Pero, papá ¿y los gananciales?

—¿Qué papá, ni que gananciales! Aquí todo es mío!

—Menos lo que manden las leyes, saltó Quico cuadrándose y echando á un lado las buenas formas.

El tío Cerote miró á su yerno, y después echó ojo á una silla.

Afortunadamente en aquel momento volvió en sí la tía Manuela; pero en cuanto bebió agua y se rehizo, salió con otra antífona de peor especie.

—Ese dinero no es nuestro; dijo; alguno lo ha perdido; hay que devolverlo.

El zapatero que conocía mucho á su muger temió otro disgusto.

—El dinero me lo he encontrado yo.

—Por que se le habrá perdido á otro.

—No tengo necesidad de averiguarlo.

—Te equivocas, y si no consúltalo con persona de conciencia.

—Ya tenemos la conciencia en puertas. Cuando yo digo que con tus beaterías nos vas á volver locos.

—Lo que voy á hacer es que volvais los cuartos,

—Mira, Manuela, no me frías la sangre; yo soy más honrado que todos los beatos juntos, y sé cumplir con mi deber sin rezar tantos rosarios como tú. Si el que ha perdido ese capital viniese, por ejemplo, preguntando por él, yo...

—Servidor de ustedes, dijo en aquel momento una voz en la puerta de la calle. ¿Me podrían ustedes decir si se han encontrado algún fajo de papeles?

El tío Cerote sintió que le faltaba la tierra de los pies.

El recién venido penetró en la entrada. Parecía un dependiente de comercio.

—Digo, repitió si han visto ustedes por casualidad un paquete de...

—No, señor, saltó el tío Cerote tragando al mismo tiempo la saliva para que pasase el embuste.

—Sí, señor, saltó la tía Manuela sin poder ya contenerse. Yo lo he encontrado y no lo había dicho á mi marido. Denos usted señas, y tome sus millones que aquí queremos ser cristianos antes que ricos.

El desgraciado remendon iba á dar un estallido, cuando le detuvo la carcajada más estrepitosa que habían oído en su vida.

El hortera se apretaba los hijares.

—Pero es que han creído ustedes que eran billetes de verdad? No señora. ¡Si son billetes imitados que usamos para anunciar en el dorso nuestros chocolates!

Todos los hielos del polo norte derretidos en un momento sobre la cabeza del tío Cerote no le hubiesen dejado más frío que lo dejaron aquellas palabras.

Afortunadamente su muger había salvado el *que dirán*, suponiéndole ignorante del hallazgo.

Cuando el tendero se hubo marchado, la tía Manuela miró á su marido, y su marido bajó los ojos.

En el alma del remendon pasó algo parecido á lo de S. Pedro; solo que el pobre tío Cerote no tenía ningún gallo que le cantara.

Pero tuvo á su muger que le estuvo cantando toda aquella noche para hacerle ver cuan falsa viene á ser siempre la honradez que no se funda en Dios fuente de toda virtud.

Al día siguiente era domingo, y antes del alba se abría la puerta del tío Cerote. Primero salía la tía Manuela acabándose de poner la mantilla. Después salía el tío Cerote con una capa de cuello alto hasta las orejas.

—Facorro, que lo confieses todo y..... clarico.

—Ya lo sé.

Fué lo único que hablaron hasta llegar á la parroquia,



Momentos después las vanidades filosóficas del tío Cerote se extinguían á los pies de un confesor, consumidas por el fervor de su arrepentimiento. Y diz que allí se quedaron también sus penas. Así es que aquella noche doña Ursula la de la jaqueca volvió á oír aterrada sonar la alegre guitarra del zapatero, y luego la fresca voz de Mariquita que cantaba más alegre que nunca:

Del corazón de Cristo
brotó una fuente
que el agua de la vida
lleva á torrentes.
Sin esa agua
no dan fruto las flores
de nuestras almas.

ADOLFO CLAVARANA.

PENSAMIENTOS

La educación de los pueblos depende de la educación de los individuos y sin religión no pueden educarse individuos ni pueblos.

Uno de los más grandes errores de los tiempos presentes es el haber querido levantar el edificio de la civilización sobre el cimiento de la indiferencia religiosa.

Para ser sólidamente virtuoso se necesita abnegación, y para tener abnegación y sacrificarse se necesita creer y esperar. El estoicismo es una ilusión; es una burbuja de jabón inflada por el aire de la soberbia: un soplo la rompe.

El heroísmo, en la Iglesia católica es una planta vulgar: fuera de ella es una flor de invernadero. Y si no que presenten la herejía y la incredulidad sus mártires, sus misioneros y sus hermanas de la caridad.

A. C.

EN EL CADALSO

Era un muchacho flaco y casi sin barba, con ojos negros que impresionaban. Era dulce y afable. Le conocí la víspera de su primera comunión, que fué la del último día de su vida, pues al día siguiente iba á morir en el patíbulo.

Estaba alegre y decía que ese buen humor lo había hallado en la cárcel pues antes era triste y sombrío.

He aquí la reseña de su vida tal como él me la hizo.

«Yo no había nacido, dijo, para acabar en un cadalso. Dios me había dotado de todo cuanto se necesita para ser un hombre honrado. ¿Cómo, pues, he llegado á no serlo? No sé, é mejor dicho, sí lo sé.

«Todo el secreto de mis crímenes está en que yo no he llegado á conocer la religión hasta este triste día.

«Mi padre, que no parecía un hombre malo, tenía su espíritu perdido en la política. Me hablaba cosas que yo no comprendía. Me acuerdo, tan solo, que no quería que frecuentara otros colegios que los laicos, y nada de religión, nada de sacerdotes.

«Pe edad de doce años quise que me apuntaran entre los niños que frecuentaban la doctrina, y mi padre prohibió al director de la escuela que hiciese caso de lo que llamaba mis necesidades.

«En día el sacerdote encargado de la doctrina vino al Colegio. Era un jueves y estábamos de recreo.

«El hombre de Dios se detuvo algunos momentos conversando con mis compañeros. Despues, fijando su mirada sobre mí, dijo:

—«A tí, hijo mio, no te he visto todavía. ¿No vienes á la doctrina?

—«No, mi padre no quiere.—Y añadí con la vanidad del ciego que desprecia la luz:—Mi padre dice que eso son ridiculeces.

—«¿Pero él no ha comulgado nunca?

—«Dice que sí, pero que es cosa inútil, y que basta ser buen patriota.

—«¿A qué hora podría ver á tu padre?

—«Todos los días á las ocho de la noche.

«Me acuerdo de esa conversacion, porque me impresionó mucho y hubiera querido que mi padre mudara de resolución.

«Mi pobre madre á quien conté lo sucedido guardó silencio; no se atrevía nunca á contradecir á mi padre.

«Al aproximarse las ocho, el corazón me latía con fuerza; estaba en la ventana y ví llegar al sacerdote; le abrí la puerta, me hizo una caricia y expuso á mi madre el fin de su visita.

—«Es cosa de su padre y el hará lo que quiera,—le contesté ella, temiendo lo que había de acontecer.

«Cuando mi padre llegó, se encerró en su gabinete con el presbítero.

«Escuchando á través de la cerradura, pude enterarme de todo.

—«¿Por qué no deja V. hacer la primera comunión á su hijo?—preguntó el sacerdote

con tono persuasivo á mi padre.—Es inteligente, despejado y me parece dispuesto para todo. Si le deje V. crecer sin religion, sin amor á Dios y al deber, sin freno ante las pasiones, contribuirá V. inconscientemente á su perdición.

«Mi padre tenía una palabra fácil y repitió en varios tonos su negativa rehusando enérgicamente el ceder á los deseos del sacerdote. Este, levantándose y abriendo la puerta, añadió estas palabras, que suenan aun como un eco desgarrador en mi alma:

«—Permitidme deciros, señor, que os mostrais el más cruel enemigo de vuestro niño. Os exponéis á hacerlo infeliz y á verlo vos mismo por causa de él, pero por culpa vuestra.

«Entonces acariciándome de nuevo se marchó demostrando profunda tristeza.

«Os cuento esta escena con detalles, porque fué el punto de partida de mi vida entera.

«Desde aquel día comenzó mi perdición: peca á poco fui pasando de inquieto á revoltoso, de revoltoso á discolo y de discolo á soberbio hasta que mi capricho fué mi ley, y no conocí ya el respeto para nadie.

«Tres años despues, un día que mi padre me castigó, huí de mi casa. Me reuní á una gabilla de pilluelos. Vivíamos de pequeños robos, y la noche la pasábamos en las obras en construcción ó en los ranchos abandonados.

«Os hago gracia no refiriendo los repugnantes detalles de mi desdichada vida de vagabundos.

«A los dieciséis años la policia se apoderó de mí, y me condujo á una de esas casas de corrección donde enseñan un oficio, y donde la vida sería dulce, sino se interpusiere el vicio,

«Allí me relacioné con dos malos compañeros, y aun con toda la vigilancia que allí reina, pudimos escaparnos. Hace dos años de eso.

«Desde entonces he vivido de robo en robo. Y como sucede que tarde ó temprano los ladrones son cogidos, temiendo al castigo que me aguardaba, herí mortalmente al que pretendí despojar, al sentir que pedía—¡Auxilio! como estaba cubierto de sangre me cogieron preso.

«Me han condenado á muerte; han hecho muy bien; lo he merecido cien veces.

«¿Estrañáis esta relacion señor?

—«Sí, ciertamente,—le contesté,—porque rara vez los condenados se reconocen culpables.

Entonces añadió:

«Puede ser que hablase como ellos, si la cárcel no me hubiese cambiado completamente. Cuando entré en ella, gritaba, blasfemaba, renegaba, maldecía á Dios y á los hombres pero, la puerta de calabozo se abrió, un sacerdote venerable se presentó y he creído ver en él al que tanto insistió para que me dejasen hacer mi primera comunión.

«Me pidió permiso para entrar.

«Permiso, Padre mio, le dije interrumpiéndole, ¿puede negarse en la cárcel?

«Entonces me entregó un Catecismo: ¡qué hermoso libro! ¡qué oraciones tan suaves!... ¡Si yo hubiese conocido todo eso!...

«¿Veis ese hermoso crucifijo en mi celda? Hoy parece que tengo la imagen de Nuestro Señor crucificado grabada en mi alma! ¡Qué lástima que esa imagen no se halle en todos los corazones!

«Ahora no tengo ningun rencor contra nadie, no maldigo el nombre de mi padre: me consuela pensar que saldrá de su error y de su impiedad, que me han sido tan funestos... ¡He rogado por él!...

Aquella mañana que era la de su último día, comulgó por primera vez de su vida el infeliz reo.

Asistimos todos á la misa. El permaneció de rodillas todo el tiempo que el sacerdote permaneció en el altar. Todos llorábamos: se hubiera dicho que se preparaba para una fiesta. Oraba sin cesar. Tuve que avisarle que era tiempo de tomar algun alimento. Le presentaron un buen almuerzo.

Comió con apetito, era feliz y casi se sentía alegre.

Sus guardias recibieron de él palabras afectuosas, y viendo uno de ellos que lloraba:

—«¿Cómo,—le dijo,—llorais por un miserable como yo! ¡Vamos, consolaos: si Dios me perdona y me hace la gracia del buen ladrón, pensaré allí en vos!

«Mientras tanto,—dijo á los que estaban presentes,—¡os pido á todos una plegaria para el asesino!...»

El sacerdote había hecho todo lo posible para obtener el indulto pero no lo consiguió. Todo estaba terminado. Lo acompañamos hasta el último instante y el sacerdote lo abrazó varias veces... Antes de recibir el golpe mortal, el jóven culpable tuvo tiempo de oír estas palabras:

Hijo del arrepentimiento, ¡subid al cielo!
B.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentando, bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción	4 pesetas casuales.
Media id.	2 »
Un cuarto id.	1 »
Un octavo id.	0'50 »

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por cada acción, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Gardía, administrador de este periódico, en la calle de la Puerta de San Juan, número 10. También en la administración de *La Semana Católica*, número 10 y e. as demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.